



IX

LA FAMILIA DEL BOTICARIO

LAS visitas de aquel día no fueron tantas en Pelechés ni tan molestas para sus moradores, como las del anterior; porque en Villavieja, como en todas partes, había de todo, y el furor de la cursilería y de la presunción estafalaria, había pasado con la nube de la víspera. Entre los últimos visitantes abundaron las buenas y honradas intenciones, los generosos deseos, hasta móviles de gratitud no olvidada á pesar de los años transcurridos; y en los más de los ejemplares se entendía bien claro que si llevaban encima los trapitos de cristianar y las vistosas galas, no lo hacían por vana ostentación, sino como debido tributo á la importancia de los señores visitados.

La única nota discordante en aquel conjunto de cosas bastante bien concordadas y soportables, y hasta entretenidas á ratos, fué la fa-

milia Carreño, ó más propia y gráficamente «los Carreños» de la Campada, ó, como si dijéramos, los Mucibarrenas de Villavieja, ya que á sus rivales sempiternos, los Vélez de la Costanilla, se les llamó, á su debido tiempo, los Butibambas. Para que todo fuera contrapuesto y antagónico en estas dos dinastías de Villavieja, hasta en el arte y la traza andaba la una al révés de la otra.

Ya se ha visto que los Vélez eran largos, huesudos, blancos, solemnes y fríos como estatuas sepulcrales. Pues los Carreños, como constaba de toda notoriedad en Villavieja y se vió en los cuatro ejemplares (matrimonio y dos hijas) presentados en Pelechés, eran chaparrudos, cetrinos, bastos de líneas y facciones, crespos de pelo, mordaces de lengua é implacables de entraña. De estilo y de educación, como de estampa y de pelo.

Padres é hijas despotricaron á porfía durante tres cuartos de hora, y no dejaron honra limpia ni hueso sano en Villavieja. ¡Cuánto se felicitaba la Carreño madre (eran primos hermanos los cónyuges) por la venida de los Bermúdez á Pelechés!

—¡Esto consuela, señor don Alejandro!— decía abanicándose briosamente el pescuezo con ronchas bronceadas.—Se ve una entre los suyos, y tiene con quién hablar y desahogar-

se... Porque en la soledad á que la obliga á una el decoro de la clase, se hacen allá dentro unas talegadas de asco, que da gusto desocuparlas después entre gentes que la comprendan á una y sepan estimar las cosas en lo que valen... ¡Si vieran ustedes cómo se va poniendo esto!... Ya no hay quien lo conozca. No queda un alma decente: todo es trapajería de ayer acá... hasta en el Ayuntamiento; hasta en los empleados que nos manda el Gobierno para las oficinas que tiene aquí... Así es que, no queriendo apollillarme ni que se apollille nadie de mi casa en un desván, como algunos trastos viejos que yo me sé (los Vélez de la Costanilla), les digo á éstas (las hijas): á vivir alegres, y al sol; pero como si no hubiera en Villavieja más habitantes que nosotros. ¿Van esas puercas á la Glorieta? Vosotras á la Chopera. ¿Vienen ellas aquí abajo? Vosotras vais allá arriba. ¿Ellas hacia el Miradorio? Vosotras á los Arcos. ¿Ellas muy emperifolladas? Vosotras con lo peor, en camisa... en cueros vivos si fuera posible. Que lo vean, que comparen, que aprendan algo; y si les duele, á eso se tira... y al cuerno las grandísimas tarascas que se salen de su cascarón... Igual pasa cuando éste (Carreño) se líá con el Ayuntamiento, pongo por caso, para que se haga ó no se haga esto ó lo de más allá: en lugar de aconsejarle que se es-

té quieto y deje rodar la bola que á él no ha de pisarle, le ayudo á que apriete más contra el lucero del alba, porque el día que se acostumbren ellos á no vernos y á no sentirnos, como si no quedaran Carreños en Villavieja, los demonios se lo llevarían todo y aquí no se podría parar.

Carreño se reía á carcajadas con estos dichos de su mujer; y como era bastante más avisado que ella, no los usaba tan crudos; pero en el alcance de la intención, no la iba en zaga. Las hijas, cargadas de simiiores y de cintajos, muy porosas y verdegueando, con la misma intención de casta rajaban en un estilo mixto de lo más malo de los otros dos.

—¿Sabes, papá—decía Nieves al suyo después que se marcharon los Carreños,—que eso de los aires puros que tanto recomiendas tú, no da siempre los mejores resultados en lo tocante á buenas ideas?... ¡Mira que de ayer acá llevamos oídas cosas buenas, y á gentes bien sanas de cuerpo!

—Yo te diré—contestó don Alejandro un poco atarugado con la inesperada observación de su hija.—Mirado el caso por encima y tal como él mismo se va metiendo por los ojos, parece que tienes razón; pero atendiendo á lo que debe atenderse; mirando como debe de mirarse, ¿estás tú?... poniendo cada cosa en su

sitio y á su luz correspondiente; midiendo esto y pesando aquello con la necesaria reflexión; no dando á ciertas... á ciertas, vamos, á ciertas pequeñeces accesorias, el valor de un hecho fundamental, ¿eh?... estudiando, en fin, el punto á conciencia... penetrándole hasta lo más hondo, como yo le tengo penetrado, lo infalible de mi axioma se palpa; pero hasta el extremo de que ese mismo argumento que á ti se te ha ocurrido, le da mayor realce todavía... como te lo podía demostrar yo ahora, si la ocasión fuera oportuna ó lo reclamara una gran necesidad... Porque te advierto que la cuestión resulta algo metafísica, tratada como es debido; y no creo que te divirtiera gran cosa á raíz de una tanda de visitas como la que vienes aguantando.

Se ignora si las racionales dudas de Nieves quedaron desvanecidas con esta argumentación de su padre; pero es un hecho que la una y el otro, á pesar de tener citado á don Claudio en Pelechés para el anochechar, tan hartos se vieron de visitas y tan necesitados de libertad y movimiento, que á las seis de la tarde se echaron al mundo por la Costanilla abajo, anticipando la salida dos horas á la convenida con el comandante retirado.

Ya se sabe que después de visitar la Colegiata, hicieron una larga parada en la botica, y

que desde la botica se fueron á corretear por la villa hasta dar á última hora en el Casino. Poco importa lo que hicieron en él, y menos lo que les ocurrió andando al aire libre, que no abundaba ciertamente aquella tarde; pero hay que decir algo de su visita á don Adrián Pérez el boticario.

Uno, y dos, y tres... muchos abrazos se dieron los dos amigos. Se golpeaban las espaldas con las manos abiertas, se separaban, mirábanse un momento, se sonreían; y vuelta á abrazarse y á desabrazarse, y á mirarse y á sonreirse... y á todo esto, sin dejar de decirse cosas... «¡Caray, cuánto me alegro! — ¡Con qué placer le abrazo, canástoles! — ¡Otro, don Alejandro! — ¡Con toda el alma, don Adrián!... ¡Si no pasan días por usted, canástoles! — ¡Si está usted hecho un mozo, caray!... ¡Hala con otro! — ¡Ya se ve que sí, ja, ja!... ¡Qué don Adrián tan famoso! — ¡Vaya con el bueno de don Alejandro! — Pues sí, señor. — ¡Vaya, vaya!...» Y así.

Después empezó el boticario con Nieves: no á abrazarla, sino á hacerla mil preguntas y cumplidos y á ponerla en los cuernos de la luna por «guapa moza», acabando por sacarla parecidos con cada uno de los Bermúdez que él había alcanzado, contra la opinión del Bermúdez presente, que sostenía, con mejores tí-

tulos, que era «toda de los de allá», casi un retrato de su madre.

Convínose en ello, porque, al cabo y al fin, al boticario igual le daba, y sentáronse el padre y la hija en las banquetas que don Adrián les arrimó, ofreciéndoles de paso un refresco de jarabe de moras ó de agraz, que había en la botica, hechos en aquella misma semana... ó chocolate que les bajarían de casa... «con toda franqueza». Se lo estimaron mucho, pero no quisieron tomar cosa alguna. Entre tanto, nada se había hablado todavía de la cojera de don Adrián, que se le notaba, no solamente al moverse, sino en llevar calzado con una chinela el pie de que claudicaba algo, y el otro con la bota de todos los días.

A lo que de él se sabe por don Claudio Fuertes, hay que añadir que era de regular estatura, moreno, enjuto, de ojos pequeños, pero listos, risueño de expresión, y de voz lenta y sin timbre alguno. Parecía algo socarrón, pero en realidad no lo era. Lo parecía, porque así resultaba de la combinación de su flemática y natural sosera, con la malicia aparente de sus ojuelos de ratón y lo risueño de su boca.

Lo del pie, por lo que le preguntó don Alejandro en seguida que se hubo sentado, había sido poca cosa: alcanzando el tarro del *papaver album* para preparar un medicamento, se puso

de puntillas; y al sentar el pie en el suelo otra vez, se le hundió la mitad de hacia afuera en una rendija grande (que señaló con la mano). Nada, una ligera distensión que ya estaba curada con unas compresas de vejeto... tanto, que pensaba haber subido á Pelechés un poco más tarde. Porque pensar que cumpliera por él su hijo, era pensar los imposibles... «¡Caray, qué muchacho esel!»

Y movía un poco la cabeza, y se sobaba el codo izquierdo, haciendo subir y bajar la manga de la levita con todo el hueco de la mano derecha aplicada allí.

Por aquel portillo, es decir, por la dulce é inofensiva lamentación del boticario, salió á plaza, provocada con verdadero interés por Bermúdez, la historia de toda la familia de don Adrián.

Al morir la boticaria, catorce años hacía, le quedaban cuatro hijos de los catorce que había tenido en su afortunado matrimonio. De los cuatro hijos, tres eran hembras. Corriendo el tiempo, la mayor se casó con el vista de aquella aduana; ascendieronle pronto, y por esos mundos andaba el matrimonio cargado de familia; pero tenían todos qué comer, y eso consolaba algo. La segunda casó peor: con un villavejano recién hecho maestro de escuela. No le producía el oficio allí para lo indispensable;

tuéronse á la ciudad creyendo mejorar de fortuna, y ya se habrían muerto de hambre sin el mendrugo que él les daba, quitándole de su mesa. La tercera se casó con un teniente de la Guardia civil, y también andaba, como la mayor, de la Ceca á la Meca, y también cargada de familia.

—La verdad es—concluyó don Adrián rasándose muy suavemente el codo,—que bien consideradas las cosas, señor don Alejandro, y tal y cual van, ¡caray!, los particulares de otras familias, no les ha caído á mis hijas la más negra de las fortunas... eso es. Las tres se me han casado: dos de ellas comen y están en carrera... eso es... La tercera anda algo atrasadilla de recursos, es verdad; pero, ¡qué caray!, es honrado y mozo su marido... por lo más obscuro amanece á lo mejor... eso es... y Dios no falta nunca á los buenos... Eso las digo yo á cada paso: vea usted; y tan contentas... eso es... y contento yo también, sí, señor, bastante contento; porque otra cosa no sería regular... Eso es.

Acabado este punto, se tocó el del hijo.

—Ayer me decía usted en su carta—apuntó don Alejandro,—que por haber hecho *una de las suyas*... (creo que eran éstas las palabras) no había vuelto á casa á la hora en que me escribía; y hace un momento se ha referido usted también á él de un modo semejante.

—¿Y eso le ha metido en cuidado?—le preguntó el boticario sobándose el codo y sonriendo blandamente.

—No diré que en cuidado—respondió el de Peleches muy afable;—pero en cierta curiosidad..

—Es natural eso, ¡je, je!... Pues respecto de ese muchacho, ¡caray!, yo no sé qué decirle á punto fijo... á punto fijo... eso es. Por de pronto, es noblote á no poder más; y hasta el día de la fecha... en buena hora lo diga, no me ha dado ningún disgusto... quiero decir, un verdadero disgusto...

—Pues eso ya es algo, don Adrián.

—¡Caray! ¡vaya si lo es! ¡Y no doy yo pocas gracias á Dios por ello! No, no: en ese punto, marchamos bien. Pues este chico, á quien usted debió conocer la última vez que estuvo aquí, aunque de prisa, así de pequeñuelo, correteando por la botica... eso es... porque no salía de ella en todo el santo día de Dios... parecía un muñequito... ¡tan redondito y tan blanco!... vamos, un muñequito de porcelana... ¡con unos ojazos negros!... No, y conservar los conserva, aunque no parecen tan grandes ahora... Verdad que, como le ha crecido la cara... eso es... Lo que le ha variado algo es el color: ya no es tan blanco... Y bien mirado, mejor es así para un hombre como él, tan hecho y tan...

eso es... Y vamos allá: como le vi bien despierto y de excelente condición, púsele en carrera con ánimo de que siguiera la de su padre: ya ve usted, por no dejar morir esto que ha sido la hogaza de la familia, de una familia tan dilatada como la mía; y hay que ser agradecido, don Alejandro... eso es. Fué el chico á la ciudad; estudió las humanidades, con aprovechamiento, sí, señor, y con muy buenas notas... ¡caray! ¿por qué no decirlo?... Siendo ya bachiller, se prestó de buena gana á seguir esta carrera, y le envié á Madrid... Verdaderamente que el dinero no sobraba en casa; pero había lo necesario desvalijando un poco la hucha de mis buenos tiempos de boticario de nota... Y ¿qué mejor empleo para ello, qué caray!... Un hijo solo, llamado quizá á ser el sostén de la familia desde el día en que yo saltara... porque para entonces, aún le quedaban dos hermanas solteras, y su pobre madre arrastrando malamente la vida que se le acabó al siguiente año... ¡Caray!, mi señor don Alejandro, todavía duele allá dentro cuando pasan estos recuerdos por la cabeza... En fin, que se fué Leto á Madrid... ¿Les he dicho á ustedes que se llama Leto mi hijo?

—No, señor.

—Pues así se llama: Leto... eso es... Y por cierto que el nombre es lo peor que tiene el pobre chico.

—¡Lo peor! ¿Y por qué, don Adrián?

—Porque es feo y hasta un poco... ¿á qué negarlo, qué caray!... Es feo... y raro, vamos. Pero cosas allá de su madre y su padrino, á cual más escrupuloso en la materia... eso es; porque San Leto era el santo de aquel día, primero de septiembre... Pero, ¡caray!, dije yo, aunque esa sea la costumbre en la familia, me parece á mí que, por una vez, bien se puede quebrantar... eso es, en gracia siquiera de lo raro del nombre: pongámosle otro más, para llamarle por él, y así queda todo arreglado. Que nones, don Alejandro; y, en fin, que se llama Leto... Eso es.

Declararon los oyentes, de todo corazón al parecer, que no había en el nombre nada de feo ni de raro, y, sin convencerse de ello, continuó don Adrián:

—Tampoco en Madrid dió un mal paso en su carrera: buenas notas siempre, mucho fruto... porque aquí, en la botica, le iba descubriendo yo cuando venía á pasar las vacaciones... y al mismo tiempo haciéndose un chicozo como un trinquete... no muy grande; pero bien cortado... eso es, y fuerte... y guapo, ¡qué caray!... y dócil y risueño que daba gusto. Pues, señor, que llegó á tomar el título y que se vino á casa, y que le arrimé á la botica para que practicara lo que había estudiado, eso es...

porque sin práctica, de nada valen las teorías; y, amigo de Dios, como una seda desde el primer instante. Una soltura y un arte... un arte como si en toda su vida no hubiera hecho otra cosa... Pero, vea usted, ¡qué caray!: no había que pensar en mirar muy de cerca lo que hacía, porque ya le tenía usted con las manos trabadas, materialmente trabadas, eso es... vamos, que hasta era capaz de echarlo todo á perder... por el genio, por el arrastrado genio.

—¿Lo tenía malo?

—¡Quiá! Corto... ¡ó qué sé yo? Desde muchachuelo fué lo mismo; y ¡si vieran ustedes lo que eso le perjudicó durante la carrera!... Porque sin esa condición, hubiera lucido el doble trabajando menos: eso es. Pero yo esperaba que se le fuera modificando con el tiempo y según iba él viendo mundo y tratando gentes. ¡Quiá! En ese punto no ha habido señal de enmienda: al contrario, si bien se mira.

—Pero ¿tan corto es de genio, don Adrián?

—Tan corto ó tan... yo no sé, don Alejandro, no sé lo que es. Él va á todas partes; él entiende de todo un poco, y es afable y cariñoso con todo el mundo... y es inteligente y listo, ¡caray!, y placentero y servicial... eso es; pero al mismo tiempo tiene la manía de que cuanto á él se le ocurre es pura insignificancia, y cuanto hace una chapucería, mientras que le para

y le asombra cuanto piensan y hacen los demás... Le digo á usted que es raro el caso... ¡muy raro, caray!... y una lástima, sí, señor, una lástima; porque yo tengo mis razones para creerlo así, y sin que me ciegue la pasión de padre... sin que me ciegue, eso es... Digo que tengo mis razones, y verán ustedes por qué... Como tiene conmigo bastante confianza, porque al fin y al cabo soy su padre, en cualquier punto que tocamos en nuestras conversaciones se deja correr guapamente... vamos, sin recelo mayor que digamos... eso es... sin recelo; y el chico, entonces, habla y habla, no mucho, pero bien, hasta con su poco de calor... y con arte, ¡caray!... con... vamos, con fe en su idea; y eso que se le conoce que no da todavía todo lo que tiene; que ve en sus adentros... eso es, en sus adentros, bastanté más que lo que dice... Pues ¡caray! ocurre que sobre esos mismos puntos le tira de la lengua el primero que llega á la botica, ó le coge en la calle ó en el Casino; y ya es otro hombre diferente: ya le falta, vamos, aquella seguridad, y aquel mirar sereno, y aquel orden en los razonamientos... y aquella firmeza de palabra... y ¿qué sucede?, que amilanándose así, se desconcierta, se confunde, y sale del paso con una cuchufleta de chicuelo, eso es, cuando no con una tontería... ¡Caray! á mí no me gusta eso, y se lo digo así... «Pero, hombre,

tente firme en tu puesto; habla con formalidad, eso es, con el aplomo que tú sabes cuando quieres...» Pues nada, don Alejandro: me respondo muy serio que está convencido de que no se le ocurre cosa ni idea que valgan dos cuartos; que es una pura vulgaridad y un hombre enteramente insignificante, ¡caray! Y de aquí no hay quien le saque.

—Es raro eso, ¿verdad, Nieves? ¡Y para lo que hoy se usa!...

—Y les advierto á ustedes que lo mismo es en lo poco que en lo mucho. Por ejemplo: está cantando á media voz... en la botica ó en su cuarto, porque él nunca está de mal humor... Digo que está cantando, y cantando bien, eso es... cosas de teatro que oiría en Madrid, creo yo, porque no se parece el cántico á los de acá... La voz es llena y de hombre, bien templada... vamos, una buena voz á mi entender: pues llego yo, ó llega cualquiera: ya le tienen ustedes turulato, como si hubiera cometido un pecado mortal. Eso es... Otro caso más raro: tiene mucha afición al dibujo y á la pintura, y sus avíos correspondientes para lo uno y para lo otro... A lo mejor le ven ustedes encaramado en el Miradorio, ó acurrucado en la vega, ó delante de un paredón viejo, con el pincel en una mano, su cajita de colores en la otra, un pomito con agua á un lado y su libreta sobre

las rodillas, pinta que pinta. Pues que le diga el más guapo que le enseñe lo que ha pintado... ¡caray! primero le enseñará el hígado... Eso es. Que se arrime alguno á él cuando se halla en estas operaciones: se pondrá encarnado como la grana, y ya no sabrá lo que hace...

—¡Conque también pinta?—exclamó Nieves que escuchaba con suma atención al boticario.

—¡Caray si pinta!—contestó don Adrián sobándose mucho el codo;—y hasta creo que bien, por lo que he logrado atisbar yo y lo poco que lo entiendo... Pero aguarden ustedes, que es posible que tenga alguna cosilla de esas en el cartapacio de su atril, donde suele guardar las recién acabadas...

Metióse el boticario en la trastienda, renqueando un poquillo; abrió una puerta que había á la derecha; entró por ella, y no tardó en volver con unas cartulinas en la mano. Púso las en las de Nieves, porque ellas fueron las que más se adelantaron para cogerlas, y la dijo:

—Ahí está lo último que ha hecho. Ustedes, que lo entenderán mejor que yo, podrán decir si tiene algún mérito.

Nieves separó las cartulinas y pasó una mirada rápida sobre ellas, pero ávida y ardiente.

—¡Mira, papá!—le dijo con entusiasmo volviéndose hacia él,—qué acuarelas tan lindas!

¡Con qué facilidad y con qué valentía están hechas! ¡Qué frescura de color!... ¡Ay, don Adrián!—añadió mirando al boticario que se derretía de placer con el éxito de aquellas obras de su hijo.—¡Si viera usted lo que cuesta hacer estas cosas! ¡Si supiera usted las fatigas y los años que se pasan para llegar siquiera á la mitad de este camino!

—Pero ¿dónde demonios ha aprendido su hijo de usted á pintar, y á pintar de este modo?—preguntó don Alejandro que todo se volvía ojo para mirar y admirar las acuarelas.

—¿De manera—dijo muy suavemente el boticario, soba que te soba el codo—que dan ustedes alguna importancia á esas pinturas?

—¡Muchísima!—respondieron unísonos Nieves y su padre.

—Me alegro, ¡caray!, sí, señor, me alegro... Eso es. Pues Leto, según me ha dicho, aprendió á pintar así... porque algo ya lo sabía él desde el Instituto, con un compañero de posada que tuvo en Madrid, y parece que era pintor de nota... Eso es. Se querían mucho los dos y aún se escriben de vez en cuando. El pintor está en Roma ahora.

—¿De modo que ésta es la gran afición de Leto?—preguntó Bermúdez.

—¡Quía!...—respondió el boticario, echando la cabeza á un lado y casi cerrando los ojos al

recargar el acento de la palabra y de la sonrisa;—esa afición es la de los ratos perdidos... vamos, la última de todas. Otra muy distinta es la que materialmente le cautiva y le trae á mal traer... á mal traer, sí, señor, ¡caray! ¡Es mucho cuento lo que le emborracha!

—La caza, ¿eh?

—No, señor: la mar... Tampoco la mar propiamente, sino la embarcación con que anda por ella: su balandro... ¡qué balandro?... su yacht.

—¡Canástoles!

—¿Y tiene un yacht... un yacht de veras?—preguntó Nieves, apartando sus ojos de las acuarelas para fijar en el boticario su mirada henchida de curiosidad.

—Un yacht, señorita—respondió don Adrián en tono muy ponderativo:—un yacht, así, en puro inglés; y de lujo, ¡caray!, lo que se llama de lujo... eso es: vamos, un yacht de regatas, de primera. Esos son sus amores verdaderos; lo que más le entusiasma en el mundo, y de lo único que se atreve á hablar con calor y con fe y sin aturrullarse delante de las gentes... Ya se ve: no es obra de sus manos ni de su idea, y, por consiguiente... eso es.

—Pero, señor don Adrián—díjole su amigo chanceándose:—usted se ha corrido mucho, se ha despilfarrado... porque un yacht de esas condiciones no se compra con dos cuartos.

—¡Caray! ¡Yo lo creo!... Pero no se piense usted que el pobre boticario... ¡Quiá! ¡Pues están los tiempos, gracias á Dios, para esas sangrías... caray, caray! No, señor. La procedencia del yacht es otra historia, señor don Alejandro. Verán ustedes. Leto, como le dije á usted, hace á todo... eso es; y lo mismo que pinta y navega... porque lo de navegar es ya viejo en él, anda por montes y barrancas con la escopeta al hombro, y conoce la comarca yerba á yerba y canto á canto... eso es. Pues, señor, que se descubrió aquí una mina pocos años hace; que la compró una compañía inglesa, y que vino un ingeniero de allá para explotarla. Este inglés era mozo, algo arlotte como todos los ingleses, y muy campechano y muy resuelto para todo; que Leto y él se conocieron en el Casino; que resultó que tenían unas mismas aficiones, y cata que llegan á hacerse muy amigos. Al inglés le gustaban las setas; pues ya estaba Leto diciéndole dónde las había legítimas, sin la menor sospecha de hongo venenoso, y acompañándole á cogerlas... eso es: medio día de campo; que berros, pues en tal parte; y á buscar los berros; que caracoles ó ranas ó cualquier otra porquería de las muchas que devoraba aquel hombre... pues á ello los dos; que esta clase de caza ó que la otra: lo mismo. Leto tenía un bote, malo por supuesto; pero andaba á fuerza

de vela; el inglés se las pelaba por esa diversión en que era gran maestro... ¡caray, yo lo creol como que era del *Royal-Club* de su tierra, y había ganado no sé cuántos premios de honor en regatas famosas... eso es... ¡uf! y hombre muy principal y acaudalado, sí, señor... y buen mozo... pues golpe al bote á todas horas... y atrocidad va y atrocidad viene... porque no sé cómo no quedaron en una de ellas. Eso es. Por otra parte, estaba enamorado de nuestra bahía, que ya sabe usted que es de lo mejor del mundo, dicho y confesado por inteligentes extranjeros... ¡caray, si es cosa buena! y estando enamorado de la bahía y de la afición y el arte de Leto, no pudiendo adquirir aquí una embarcación á su gusto, hizo traer, á fuerza de dinero para que llegara pronto, un hermoso yacht de regatas que él tenía en su país. Pues, señor, que viene el yacht, y que Leto, al lado del inglés, aprende á manejarle en cuatro días, y que se me vuelve medio loco el hijo, ¡caray!, de puro gozar en aquel... vamos, en aquel deleite, eso es, tan nuevo para él... y échate mar afuera los dos hasta perderse de vista, y vira acá y vira allá, dando con los topes en el agua y haciéndome á mí pasar las de Caín de susto y de congoja, eso es... hasta que me convencí de que no había tanto riesgo como aparentaba... En fin, señor don Alejandro, que Leto y el inglés andaban

siempre como la uña y la carne; que llegó la hora de marcharse á otra parte el ingeniero, porque la mina salió huera, y que al marcharse le regaló el yacht á mi hijo, ¡caray!, que quieras que no, con todos sus enseres y cachivaches... Eso es. Y por eso tiene Leto un yacht tan lujoso. Cada lunes y cada martes le zarandeo por la mar. Ayer salió á media mañana, con su correspondiente pitanza, por si acaso... eso es. Pues volvió entre día y noche, como dije á usted en mi carta. Quise que subiera hoy á Pelechés... pues ¡caray! casi de rodillas me pidió que no le diera comisiones de esa clase. Subir conmigo, ya era otra cosa, y hasta lo haría con sumo gusto; pero solo... ¡es mucho cuento! En eso quedamos al cabo; y entre si me animaba yo á subir esta tarde ó no, llegó su amigo el ayudante de Marina, con quien tenía pendiente un partido de billar... porque ésta es otra de sus aficiones y el único vicio, eso es, que se le conoce; y fuéronse al Casino poco antes de llegar ustedes... Que lo siento en el alma, ¡caray!, porque se hubieran conocido aquí todos, y eso tendríamos adelantado... Eso es.

—Y es bastante, ¡canástoles!—dijo Bermúdez revolviéndose en su banqueta,—y hasta sobrado para meternos en ganas de conocer de cerca á ese mozo tan simpático y tan... Hombre, se me ocurre una idea: súbanse mañana los

dos á comer con nosotros en Peleches... Ello había de ser; conque anticipémoslo, y de ese modo quitará el pobre Leto el escalofrío, como los bañistas perezosos, de un chapuzón... ¡ja, ja!... ¿No es verdad, Nieves?

—Me parece una gran idea—respondió ésta entregando al mismo tiempo á don Adrián las acuarelas.—Y dígale usted, de mi parte, que cuando vaya nos lleve algunas obras más de esta clase, para verlas... y admirarlas... ¡Ay, qué bien lo hace, don Adrián! ¡Quién fuera capaz de la mitad de ello siquiera!

—¿De veras, señorita?—preguntó el boticario conmovido de gusto.

—¡Y cuidado!—díjole don Alejandro—que ésta es del oficio, y su voto, de calidad, por consiguiente...

—¡Caray! de ese modo, ya lo creo... Sí, señor, eso es. Pues tocante á lo del convite, yo con alma y vida le doy por aceptado desde luego, mi señor don Alejandro... Del chico, no sé qué decir á ustedes: siempre me saldrá por disculpa con lo de costumbre, cuando le conviene esconder el bulto: con que no puede faltar uno de nosotros de aquí, sabiendo, como sabe, que el mancebo se sobra y se basta, sí, señor, para el servicio ordinario; porque bien acreditado lo tiene... eso es... Pero en un caso como éste, puede que vaya... Irá, sí, señor; irá. Es

asombradizo, como les he dicho á ustedes, ó corto... ó no sé qué; pero ha corrido mundo, tiene luz allá dentro... justamente; sabe distinguir de colores, y á ustedes los considera... ¡caray, si los considera!... Y una descortesía no la comete él con nadie aunque le ahorquen... Ahora, en cuanto á llevar consigo las pinturas, ya varía... y de eso sí que no respondo... En fin, se hará lo posible, eso es... Y un millón de gracias por la fineza, señores míos.

En esto entró don Claudio Fuertes, y se habló de otras cosas; y cuando llegó el momento de salir los tres á voltejear por la villa, dijo el boticario al comandante retirado:

—Si tocan ustedes en el muelle, enséñeles el yacht, aunque está fondeado un poco lejos. Ya van enterados de todo... Eso es.





X

DE TIROS LARGOS

A sí se presentaron en Peleches, al rayar las doce y media, el boticario don Adrián Pérez y su hijo Leto: el primero radiante de gozo, y el segundo no tan acoquinado como era de temerse por lo que de él se sabe. El motivo de esta novedad consistía, siguiendo la imagen del bañista perezoso, apuntada por don Alejandro en la botica, en que Leto, antes de la gran zambullida en el caserón de los Bermúdez, había ido preparando el equilibrio de las dos temperaturas con un par de fregoteos bastante regulares. El uno se lo dió en el Casino; el otro, al salir de misa mayor al día siguiente, que era de fiesta, es decir, el día mismo del convite. En el Casino tuvo que picar algo en la conversación general, aludido de intento por Bermúdez; y más aún que en la conversación, en la golosina que irradiaban en aquel antro desa-

brido, los ojos y la silueta de la hechicera sevillana; porque Leto, al fin y al cabo, era mozo de buen gusto, y mujeres de aquel arte que le miraran á él con el interés bondadoso con que le miraba Nieves á menudo, no habían pasado ni pasarían jamás por Villavieja.

Esto por de pronto. Además, al deshacerse la tertulia y ya despidiéndose de él, le había dicho don Alejandro con gran encarecimiento, mientras le apretaba una mano con las dos suyas:

—Mañana, después que *comamos* en Pelechés, iremos á ver el yacht; pero de cerca y como debe ser visto. Conste que está usted notificado.

—«¡Después que *comamos*... á ver el yacht!» —repetía el mozo en sus adentros, enredado en las confusiones más extrañas, mientras respondía al expresivo Bermúdez cuatro palabras, mal urdidas, de cortesía.—¿Qué plural era aquel de «comamos»? ¿Cuántos y quiénes entraban en él?

Sin desembrollar este lío, que pasó por su cabeza como un relámpago, oyó que le decía Nieves, por despedida también y también muy afectuosa:

—Y al subir *á comer con nosotros*, no se le olviden á usted ciertas acuarelas que deseamos ver.

Esto ya estaba más claro; pero no todo lo que debía de estar. Era indudable que su padre se había despachado á su gusto aquella tarde en la botica.

En cuanto salieron del Casino los de Pelechés, le faltó tiempo á él para largarse hacia su casa. En dos zancadas llegó; en breves palabras enteró á su padre de todo lo que acababa de pasarle, y en pocas más le satisfizo el boticario la curiosidad, declarándole todo lo ocurrido aquella tarde en la botica. Por cierto que don Adrián subió la bocamanga izquierda hasta el codo, y el arco de las cejas hasta el casquete, á fuerza de rascarse y de admirarse al ver que Leto, de quien esperaba un estampido, en lo del convite no puso el menor reparo, y en lo de las acuarelas se despachó con tres «carapes» seguidos y unos muy dulces restregones de manos á las barbas.

Al salir la gente de misa mayor, Leto, como de costumbre, se quedó, con otros amigos, en frente del pórtico echando un pitillo, un párrafo y algunas ojeadas maquinales á las villavejanas de todos los días; y hablando, fumando y mirando, vió salir á Nieves con su padre. Bien le había parecido la noche antes la sevillana en la penumbra mal oliente del Casino, con el sombrero de paja y la túnica de color de barquillo; pero ¡cuidado si tenía que ver

en plena luz meridiana, vestida de obscuro y con la cara monísima encuadrada en los pliegues graciosos de su mantilla de pura casta andaluza! No pudo menos de declarárselo así al fiscal que estaba á su lado comiéndola con los ojos, ni, al notar que le recordaba algo con los suyos, quizá lo de las acuarelas, dejar de acercarse á ella y á su padre para ofrecerles sus respetos, con la mejor intención, eso sí, pero bien sabe Dios que con las más fuertes ligaduras de sus nativas desconfianzas en el espíritu.

Mientras hablaban los tres, la *goma* villavejana se chupaba los dedos y no sabía de qué lado ponerse ni qué majadería inventar para que Nieves *se clavara*... ¡lo mismo que la goma de todas partes!; y las hembras peripuestas la miraban de reojo al pasar á su lado, de los pies á la cabeza, ¡igual que todas las presuntuosas de todo el mundo!; porque son achaques esos que están en la masa de la sangre, aun en la de los que usan taparrabo... Posible es que Nieves no se fijara en los unos ni en las otras, aunque cueste creerlo por lo que se sabe del prodigioso alcance de vista que tienen las mujeres guapas para esos lances y otros parecidos; pero podría apostarse algo bueno á que en la comparación que hizo mentalmente, después de mirarle de arriba abajo en menos de dos se-

gundos, del Leto que tenía delante, vestido de día de fiesta, con el Leto de la víspera, desaliñado, ardoroso y con el pelo alborotado y la barba revuelta, aunque ambos eran buenos mozos, optaba por el segundo: es decir, por el Leto del billar, en calidad, se entiende, de mujer artista y esforzada.

En esto salió don Adrián con la levita nueva, bastón de caña, sombrero de copa muy alto, y dos dedos de cuello de camisa fuera del corbatín, se arrimó al grupo y saludó muy cortés á los señores; apareció el juez é hizo lo mismo; después Rufita González con su madre; casi al mismo tiempo Codillo y las tres Indianas, y en seguida hasta otra docena más de los notables que habían hecho ya la visita obligada á Pelechés. Los Vélez, escurridos y lacios de vestido y de carnes, pasaron de largo hacia la izquierda, saludando con una cabezada muy ceremoniosa. Las chaparrudas Carreñas, hechas un brazo de mar, pero de mar siniestro y bravo, saludaron con los abanicos y carraspeando, y se fueron por la derecha.

El grupo seguía creciendo y llegó á ocupar media plazoleta con los gomosos adyacentes y otros desocupados de diferentes pelajes. Luego se puso en movimiento todo junto, aunque cambiando de forma como masa de agua que se acomoda al cauce que la guía, en dirección

á la Costanilla, camino de Peleches y á la vez de la Glorieta, adonde se dirigían todos los elegantes de Villavieja entonces, por imperio de la moda.

En la Glorieta dieron Nieves y su padre unas cuantas vueltas con las adherencias que traían desde la Colegiata, y seguidos del propio *zaguanete* de gomosos, cosa que encendió las iras de las villavejanas desperdigadas y desatendidas entonces por sus habituales cortejantes, y les dió motivo para despellejar viva á la pobre Nieves. Sábese que quien más apretó la dentellada en aquella puja de mordiscos fué la Escribana mayor, que, según fama, se bebía los vientos por el hijo del boticario. Le había visto al salir de misa y subiendo á la Glorieta, y en la Glorieta misma, arrimado á la sevillana y en gran intimidad con ella algunas veces. ¡El grandísimo pazguato que jamás tuvo dos palabras al caso para pagarla las muchas con que ella le había buscado la lengua en más de cuatro ocasiones! Así es que en cuanto se retiraron Nieves y su padre á Peleches, que fué muy pronto, y el boticario y Leto á su botica, se armó en la Glorieta la de Dios es Cristo entre los galanes villavejanos y las respectivas damas, que no querían ser plato de segunda mesa... mientras Maravillas, sentado en el último banco hacia el mar, solo, quietecito y sosegado,

flagelaba con su eterna sonrisa de compasivo desdén, aquel cuadro de miserias humanas, fruto natural y lógico del lamentable resabio de ir á misa y creer en Dios.

Viniendo á lo que importa, fué el caso que Leto bajó á la villa bastante satisfecho de su hazaña; que á pesar de estar bien vestido, cambió de corbata y de chaleco después de arreglarse el pelo, de cepillarse mucho las barbas y la ropa y de lavotearse las manos; que al volver á la botica, donde le aguardaba su padre en conversación con el mancebo, llamó á *Cornias* (luego se sabrá quién era este personaje) y le dió varias órdenes con mucho encarecimiento; que después fué á su atril, y de un cartapacio que tenía allí muy escondido bajo papelotes y libracos, sacó hasta una docena de obras suyas, entre acuarelas y dibujos, escogidas, muy escogidas, en su abundante colección; que las envolvió convenientemente, y que diez minutos después, él y su padre atravesaban la plazoleta inundada de sol, que achicharraba, en dirección á Peleches.

—Ya ves, Leto—le decía muy regocijado su padre, y por lo bajo para que no se enteraran de la conversación las gentes que volvían de la Glorieta,—cómo el león no es tan fiero como le pintan. Muchas veces nos alucinamos... eso es... nos ofuscamos, por ver y juzgar de lejos

las cosas. Y á ti, ¡caray!, te ha pasado mucho de eso. Dígotelo, porque al fin vas, ¡caray!, vas, sí, señor, y sin grandes resistencias, y hasta llevas esas pinturillas contigo... ¡bien llevadas, muy bien llevadas!, eso es; muy bien llevadas, por lo mismo que te las han pedido y desean verlas... Yo pensé... ¡ahí tienes!... que no te prestarías á ello, porque hasta de mí las has escondido siempre, por esas rarezas, ¡caray!, que nunca he podido explicarme... eso es... Pero la fuerza de las cosas ha querido que el león se te vaya á la mano; y, como te decía antes, no te ha parecido tan fiero como visto á larga distancia... eso es... y ya te das á partido, ¡caray!

Leto, sonriendo de cierta manera habitual en él, contestó á su padre:

—¡Si supiera usted la procesión que me anda por dentro!...

—¡Ay, Leto del alma!—replicó don Adrián parándose en firme.—Pues si á procesiones fuéramos... ¡quién, en casos tales, no las llevará consigo, en más ó en menos, caray, hasta hacerle temblar las choquezuelas? Vamos á una casa extraña y de mucho viso, á una mesa quizás opípara... eso es... dos hombres acostumbrados á la vida oscura y metódica... de lo más metódica y sencilla... eso es... La emoción... el sobresalto si quieres, es de necesi-

dad... Pero una cosa es eso, y otra muy diferente lo otro que á ti te pasa, ó te pasaba... En fin, de esto no hay para qué volver á hablar, Leto. Pero he de repetirte, en conclusión, lo que te dije anoche: hay que sacar fuerzas de flaqueza en ciertos lances de la vida... y hacerse superior, eso es, á las nativas debilidades... porque no hay hombre sin hombre... y todos nos debemos mutuos servicios y respetos... eso es... Tú eres mozo; nada te falta, es verdad... y acaso no te falte nunca, por mucho que vivas, si la venturosa quietud de Villavieja continúa inalterada, y no te sale un competidor en el oficio, como no me ha salido á mí desde que soy boticario; pero es posible que te salga, porque lo malo cunde y no anda ya lejos de nosotros... ó que te convenga cosa mejor que la que poseas; y entonces, ¡caray!, bueno es tener valedores... y bien sabes tú que la casa de Peleches raya en todas partes tan alto como la que más... y puesto que nos dan la vaquilla, corramos con la soguilla, ¡caray!... y muy agradecidos, sí, señor; y el corazón en la punta de la lengua, eso es; y el que tiene algo en la cabeza, como no dejas de tenerlo tú, noble y honrado además, sí, señor, que lo manifieste, ¡caray!, si llega el caso de hacerlo, con entereza y con fe, que esto no está reñido con la buena educación, ni siquiera, eso es, con la cristiana humildad.

Cuando Dios da al hombre el caudal de las ideas, no se le da, ¡caray!, para que le guarde con avaricia, ni tampoco para que le despilfarre, contrahecho ó á escondidas y con vergüenza: no, señor, ¡caray!; no, señor... como vienes haciendo tú... Eso es.

Dió dos golpecitos con su caña en el suelo, y continuó marchando calle arriba.

Leto, pensativo y bastante risueño, pero sin contestarle una palabra, hizo lo mismo á su lado.

Así llegaron á Peleches, en cuyo saloncito de labor, ó mejor dicho, estudio de Nieves, con las puertas del balcón abiertas de par en par para que entrara á borbotones el Nordeste que corría, saturado de los esluvios de la mar, fueron recibidos por los señores de la casa y por don Claudio Fuertes, que también estaba convidado á comer.

Nieves había cambiado su traje obscuro por otro casi blanco; y al verla así Leto, blanco el vestido, blanca, nacarina la tez, azules los ojos y el cabello rubio, como no se le ocurrían más que tontadas, en seguida se la forjó nereida, ó cosa así, de las fantásticas regiones submarinas, enviada allí por los genios protectores de Peleches, envuelta en una ráfaga salobre de las que inundaban la estancia sin cesar. En otra mirada rápida en derredor del saloncillo aquel,

se le antojó haber visto la blanda, inteligente mano de un artista, colocando cada mueble, cada libro y cada cachivache en el único sitio que le correspondía; y ¡otra bobada mayor! aún marcó con la vista en las paredes y sobre muebles determinados, los lugares y los aparatos en que sus acuarelas, á no ser tan malas como eran, hubieran hecho un lucidísimo papel.

Pensar esta bobada y clavar Nieves los ojos en el cartapacio que él llevaba entre manos, y hasta preguntarle en seguida con ellos si *la* traía, fué todo uno. El mozo se halló con aquel tiro tan inesperado, como contrabandista cobarde delante de los carabineros. Sin detenerse apenas á saludar como debía, desató el fardo y entregó el contenido con las manos trémulas, pero resuelto á todo.

Á creer á Nieves, y no hay serios motivos para lo contrario, en aquellas obras de Leto había verdaderas maravillas de arte. Bermúdez y Fuertes opinaron lo mismo; pero no eran sus votos de tan ganada autoridad como el de Nieves, la cual, para mayor confusión del aturdido Leto, no contenta con ver los cuadros sobre sus rodillas, fué colocándolos uno á uno... ¿en dónde, gran Dios! sobre los mismos muebles y en los propios sitios de las paredes en que los había imaginado él... Y á todo esto, la sevillanita, con su entrecejo algo fruncido, su frase concisa

y sobria, sin extremos en la alabanza, sin apresurarse, sin sonreír más que lo preciso, deslizándose entre sillas y veladores sin tropezar con nada, sutil, airosa, discreta... en fin, que tanto por lo que decía como por el modo de decirlo, y hasta por el modo de andar, había que creerla inteligente en el arte, y desde luego sincera. Con esto y con la propensión natural de Leto á someter sus juicios al imperio de los extraños, por primera vez en su vida se creyó algo pintor y no del todo insignificante.

—Pues ahora va usted á ver mis obras—le dijo Nieves muy templada, dejando las de Leto sobre un velador,—siquiera para que aprenda usted, en vista de lo malas que son, á no ser tan avaro de las suyas.

Y como lo dijo lo hizo, sacándolas de un gran cartapacio que estaba sobre una mesita contigua á un caballete desocupado.

—La mayor parte—decía Nieves á Leto solo, aunque le acompañaban en la escena los demás personajes allí presentes,—son copias y malas: las originales son peores... No se sonría usted, porque es la pura verdad... Vea usted ese gitano... copia, dura y desentonada, y hasta sin dibujo... Una marina... ¡Qué olas, eh? Parecen de percalina... Una ventana con flores y pajaritos enjaulados: de nuestra casa de Sevilla. Esta acuarela es original: debe usted co-

nocerlo por lo resobadita que está de color...

Por este arte siguió mostrando y juzgando la mayor parte de sus obras. Á veces, mientras Leto examinaba una, teniéndola cogida con las dos manos, Nieves metía entre ellas otra suya, blanca, torneadita y olorosa, para poner el índice primoroso encima del objeto censurado; y entonces Leto perdía de vista la acuarela; porque los ojos se le iban detrás de la mano, y la atención y hasta el olfato... Á don Adrián y al comandante les parecían inmejorables las pinturas, y así lo declaraban; y don Alejandro, mal avenido con las sinceridades de su hija, quería desautorizarlas explicando cómo y por qué... En cuanto á Leto, no pudiendo concebir que de aquellas manos tan bonitas salieran obras imperfectas, todo lo hallaba superior, y así lo daba á entender como podía.

—Todo eso que ustedes me dicen—insistía Nieves muy serena—es pura cortesía. Ninguna de estas obras tiene otro mérito que el de estar hecha con grandes deseos de hacerlo mejor. Lo conozco por lo mismo que sé estimar las buenas, como las de usted; pero sigo pintando porque me entretiene, y enseño lo que pinto, como ahora, por no hacerme de rogar más tarde y porque no lo tengo á pecado mortal... Al óleo, con franqueza, pinto algo mejor que á la agua... Ya lo verá Leto, que lo entiende, cuan-

do pinte algo aquí... porque pienso pintar mucho... y andar más... Todos los sitios en que he puesto antes las cartulinas de usted, han de quedar ocupados por obras mías... Cuento con que me dejará usted copiar las suyas para eso.

Leto, que ya había soñado con verlas honradas allí, se llamó á engaño y declaró á Nieves que no volverían al cartapacio de la botica aquellos insignificantes borrones, puesto que le gustaban á ella; y Nieves, sin andarse en ociosos disimulos, porque conocía la sinceridad de la oferta, la aceptó de plano con gran regocijo, aunque no tanto como el que produjo en don Adrián el galante rasgo de Leto.

Andando en éstas y otras tales, llegó Catana al saloncillo para anunciar que estaba la sopa en la mesa; y al disponerse todos para ir al comedor, Leto, recordando algo de lo que había visto y oído en Madrid y leído después, haciendo un esfuerzo sobrehumano y dando diente con diente por el temor de pasarse de fino, ó de estar equivocado, ofreció su brazo á Nieves, que le aceptó placentera y como la cosa más corriente y natural del mundo.

Los demás comensales abrieron paso á la pareja, á la cual siguieron Bermúdez muy complacido, Fuertes algo maravillado, y don Adrián hasta orgulloso con aquel gallardo arranque del empecatado muchacho.



XI

EL «FLASH»

DURANTE la comida, que fué tan «opípara» como se la había anunciado en hipótesis don Adrián Pérez á su hijo andando hacia Pelecheros los dos, tuvo Leto varias pruebas más de que el león no era tan fiero como le pintaban: hasta llegó á encontrarse muy á gusto encerrado en la jaula con él.

Porque ocurrió también la feliz coincidencia de que apurado el punto de las opiniones pictóricas de Nieves, salió de golpe y porrazo don Claudio Fuertes diciéndola:

—En este mismo sitio y al oír á usted que le gustaban mucho los paseos marítimos, la prometí anteayer que no le saltarían medios de satisfacer ese gusto, si se empeñaba usted en ello.

—Y no he olvidado el compromiso—res-